Pintor poeta, que adueñas
tanto secreto de fronda,
que sabes buscar tan honda
la maravilla que sueñas,
¿es que algún fauno, saliendo
de su retiro silvano,
te viene a llevar la mano
que va el pincel sosteniendo?
¿Sientes la rama de mirto
enredarse en tus cabellos,
ella verde, plata ellos?
¿Y acaso de su acre aroma
te viene el seguro instinto
clave de tu laberinto?

¡Oh, laurel, dobla tus ramos
para tocar esta frente!
¡Venid, rosales! pidamos
voz a la voz de la fuente,
digamos... — ella lo dice
en lírica perlería:—
¡Todo el jardín te bendice
cuando va cayendo el dia!

G. Martínez Sierra.

Jardines

El hombre no es su traza corporal,
ni es su palabra volandera,
ni lo que haya hecho bien o haya hecho mal,
nì nada externo y por defuera.
Todo él está en moradas interiores,
más allá de la carne oscura;
y nunca ojos habrá, salteadores,
que profanen esta clausura.
Selladas han de estar moradas tales.
La soledad es su atributo,
y como en los jardines conventuales
el silencio sazona el fruto.
Este es el hombre, sombra caediza,
ciega, vehemente y errabunda,
que en la interior morada solemniza
su significación profunda.
Igual la tierra, ciega y vehemente,
—sombras hacinadas sin cuento—
parece sosegar con luz consciente
en un interior aposento.
El tumulto de fuerzas, ahora afines
y luego enemigas, se encalma,
y encuentra asilo, y expresión. ¡Jardines!

¡Dijérase estados de alma!
El estanque en arrobo, es ojo casto,
y de firmamento está hambriento,
que no le sacia el diamantino pasto
de la carne del firmamento.
El ciprés caviloso, erecto y fuerte,
que en lo azul recorta su ojiva,
no es otra cosa que miedo a la muerte
por amor a la rosa viva.
El rojo de clavel, carnal congoja;
y la cencida superficie
verde del prado, y una que otra hoja
seca, dolor en la molicie.
La estatua mutilada, ídolo roto,
la fe que perdió su entereza.
El borboteo de un anhelo ignoto
sobre el musgo de la pereza.
Las avenidas tersas y nevadas
perdiéndose en los arrayanes,
igual que entre flaquezas emboscadas
se derriten nuestros afanes.
Y las sutiles aves huideras
sobre un ocaso de carmín;
memorias, ilusiones y quimeras.
Y al fin, el último jardín.

Santiago: tus pinceles poetizan
las cosas con clarividente
emoción, y en tus parques se deslizan
las almas silenciosamente.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Mira, maestro, este solitario paraje,
quieto y hondo, tan dulce de luz y de verdores
como aquellos de paz, de ternura y de encaje
en que tu corazón soñara los colores.

Su ocaso vago tiene tu doliente elocuencia,
tu oración de otras tardes en su cenit persiste,
se hunde en la noche azul con aquella indolencia
de nostalgia que tú, callando nos dijiste...

El agua que en el fondo de esta gruta, obstinada
como las horas tristes, cóncavamente llora,
refresca la penumbra con la esencia mojada
que enredó a sus misterios tu alma embalsamadora...

Y, cielo abierto en flor, luna clara y celeste,
esta rosa, en su tallo de un verde no aprendido,
recoge la luz última del crepúsculo éste
que parece que tú, otra vez has sentido;

tierna rosa alegórica, doncella que trocase,
soluble, su oro en plata y su plata en visceta,
como si en un anhelo de encantos, imitase
tu corazón fantástico de pintor y poeta...

¡Decoración de ensueño, ya mirada de estrellas,
donde el surtidor plácido al cielo se levanta,
mientras el ruiseñor, loco de penas bellas,
quieto frente a la rosa que tú has pintado, canta!...

¡Soledad que el amor deja al arte! ¡Sombrosa
senda en que vaga aun tu pincel vespertino!
¡Glorieta de pasión, en que es reina tu rosa
de un mundo más pequeño, más dulce y más divino!

JUAN R. JIMÉNEZ

La reliquia

Faune mutilat,
brollador aixut,
jardí desolat
de ma joventut...

Benehida l'hora
que m'ha duit aquí.
La font que no vessa, la font que no plora
me fa plorà a mi.
Sembla qu'era ahí
que dins el misteri de l'ombra florida,
tombats a la molsa,
passavem les hores millors de la vida.
De l'aigua sentiem la música dolça;
a dins la piscina guaitavem els peixos;
culliem ponzelles, cassavem bestioles;
i ens feiem esqueixos,
muntant a la branca de les etzeroles.
Ningú sab com era
qu'entre l'esponera
de l'hort senyorívol,
fentlo més ombrívol,

De la edición catalana.

creixía la rama d'antiga olivera.
Arbre centenari,
amorós portava la soca torçuda,
perque sense ajuda
poguessem pujarhi.
Al forc de la branca senyora i majora,
penjavem la corda de l'engronxadora,
i, venta que venta,
folgavem i reiem, fins que la vesprada
la llum esvaía de l'hora ruenta,
de l'hora encantada.

Somni semblaría
el temps qu'ha volat
de la vida mía,
sense les ferides que al cor ha deixat;
sense les ferides que's tornan a obrí,
quan veig que no vessa,
ni canta ni plora la font del jardí.
Trenta anys de ma vida fugiren depressa;
i encara no manca,
penjat a la branca
un troç de la corda de l'engronxadora,
com trista penyora,
despulla podrida d'un món esbucat...

Faune mutilat,
brollador aixut,
jardí desolat
de ma joventut...

JOAN ALCOVER

Floralia

Els jardins son el místic santuari
de la dolçor secreta de la vida;
son el sopluig de calma on se revela,
p'el qui n'es digne, l'hora fervorosa
de transfiguració de la natura.
Ells canten tendrament a cau d'orella
la cançó desmaiada de l'ensomni;
fragments d'humanitat, ploren en l'ombra
frescal de les tranquiles enramades
l'infinita tristor de l'existencia,
plor de discretes llàgrimes, qui tomben
de'ls brolladors agònics, amb un ritme
planyívol d'elegía funeraria.
I somriuen a voltes, remorosos,
am musical murmuri, per les íntimes
soletats dels recons, sagrat refugi
de divina quietut a les parelles
fugitives d'el mon; alçant, piadosos,
sobre'ls caps qui s'ajunten, la corona
de les branques ardides o l'arcada
triomfal de les rames qui se besen.